

11 de abril

Es 49: 1-6

Jn 13: 21-33, 36-38

¿Ya llegamos? ¿Cuánto más falta?

Si tienes hijos has oído muy probablemente estas preguntas del asiento trasero de su coche. Si alguna vez fuiste un niño, es seguro que tú mismo lo preguntaste.

La Cuaresma casi ha terminado. El Triduo comienza en sólo un par de días, y por lo tanto estos sentimientos parecen apropiados ahora mismo. También encajan bien con las lecturas de hoy.

En el Evangelio, Pedro pensó que había llegado. Él estaba listo, listo para seguir a Cristo dondequiera que eso llevaría. "Maestro... daré mi vida por ti." Pero él está equivocado. "Te digo, el gallo no cantará antes de que me niegues tres veces." Él llegará eventualmente. La triple negación de Pedro será reemplazada por tres exclamaciones de amor, y se convertirá en la roca sobre la cual se construye la Iglesia de Cristo. Sólo tardará un poco más, un poco más de vida, un poco más de conversión.

Isaías experimenta un cambio similar en la primera lectura. Después de haber pensado inicialmente que "había trabajado en vano, y por nada, inútilmente, gasto mis fuerzas", descubre que, en realidad, ha sido "hecho glorioso ante los ojos del Señor... una luz para las naciones".

La Cuaresma es un tiempo para la oración, el ayuno y la limosna. Es un tiempo de reflexión y preparación. Pero sobre todo, la Cuaresma es un tiempo para abrirse a la conversión, a una metanoia, que reorienta nuestras vidas hacia Cristo. La Cuaresma está casi terminada, pero la llamada a la conversión dura toda la vida.

¿Ya llegamos? No, todavía no, ¡pero vamos por el buen camino!

### **Preguntas de reflexión:**

La fe implica un cambio profundo de la mente y del corazón, un cambio de vida, una metanoia. Tal cambio sólo puede surgir de lo profundo del interior del ser, donde uno se enfrenta a las preguntas verdaderamente importantes sobre la vida humana. (Tomado del directorio nacional para la catequesis)

Con eso en mente:

- 1) ¿Quién es Dios?
- 2) ¿Quién soy yo?
- 3) ¿Qué diferencia en mi vida hace (debe) 1 y 2 hacer?

*Reflexión por el diácono Bill Hathaway, St. Edward, Lowell.*

